

Voces relacionadas: Conciencia; Deberes de estado; Familia, Santificación de la; Formación; Consideración general; Libertad en las cuestiones temporales; Medios de comunicación social; Política; Sociedad; Trabajo, Santificación del; en general, voces sobre virtudes teologales y morales.

Bibliografía: Antonio ARANDA, *“El bullir de la sangre de Cristo”*. Estudio sobre el cristocentrismo del Beato Josemaría Escrivá, Madrid, Rialp, 2000, pp. 203-254; Cornelio FABRO, “La temprada de un padre della Chiesa”, en Cornelio FABRO - Salvatore GAROFALO - Maria Adelaide RASCHINI, *Santi nel mondo. Studi sugli scritti del beato Josemaría Escrivá*, Milano, Ares, 1992, pp. 22-155; José Luis ILLANES, “La secularidad como actitud existencial”, *Anuario Filosófico*, 35 (2002), pp. 553-579; José Miguel PERO-SANZ - Jean-Marie AUBERT - Tomás GUTIÉRREZ CALZADA, *Acción Social del cristiano. El Beato Josemaría Escrivá y la Doctrina Social de la Iglesia*, Madrid, Palabra, 1996; Álvaro DEL PORTILLO, “A conclusione del Convegno”, en Manuel BELDA - José ESCUDERO - José Luis ILLANES - Paul O’CALLAGHAN (eds.), *Santità e mondo. Atti del Convegno teologico di studio sugli insegnamenti del beato Josemaría Escrivá*, Città del Vaticano, Libreria Editrice Vaticana, 1994, pp. 219-232; Ángel RODRÍGUEZ LUÑO, “La formación de la conciencia en materia social y política según las enseñanzas del beato Josemaría Escrivá”, *Romana. Boletín de la Prelatura de la Santa Cruz y Opus Dei*, 24 (1997), pp. 162-181.

Ángel RODRÍGUEZ LUÑO

MORTIFICACIÓN Y PENITENCIA

1. El lugar de la mortificación en la vida espiritual. 2. Necesidad y motivos para la mortificación. 3. Mortificación, amor, oración. 4. Formas y manifestaciones de la mortificación. 5. Mortificación y redención.

Toda la vida del cristiano se dirige y se desarrolla en un contexto de unión con Dios en Cristo Jesús Nuestro Señor, de manera que pueda llegar a decir con san Pablo: “con Cristo estoy crucificado: vivo, pero ya no vivo yo, sino que Cristo vive en

mi” (Ga 2, 20). Dentro de esta perspectiva, la mortificación es una práctica ascética que mueve al cristiano a abandonar, corregir, renunciar a cuanto en su modo de ser, en su actuación, pueda ser obstáculo para esa unión con Dios, para crecer en el amor a Dios y al prójimo. La mortificación facilita la acción de la gracia en el cristiano, haciendo posible una verdadera unión espiritual con Cristo, en el cuerpo y en el alma.

La unión con Cristo –la santidad– consiste en unirse a su Cruz, y vivir con Él su Resurrección. Y en orden a ese fin es necesaria la mortificación. “El camino de la perfección pasa por la cruz. No hay santidad sin renuncia y sin combate espiritual (cfr. 2 Tm 4). El progreso espiritual implica la ascesis y la mortificación que conducen gradualmente a vivir en la paz y el gozo de las bienaventuranzas” (CCE, n. 2015). De ahí que san Josemaría llegue a afirmar con palabras netas: “Sin mortificación, no hay felicidad en la tierra”, y “Un día sin mortificación es un día perdido” (S, 983, 988).

Para comprender adecuadamente el sentido de la mortificación en los escritos y en las enseñanzas de san Josemaría, hemos de tener presentes tres rasgos determinantes de su mensaje: a) la llamada universal a la santidad; o sea, que a la plena unión con Cristo están llamados todos los hombres; b) que esa unión puede crecer y desarrollarse en cualquier situación de vida en la que los hombres se encuentren, también en las condiciones propias de la vida ordinaria; c) que esa unión es un desarrollo –contando con la propia correspondencia del cristiano– de la gracia recibida en el Bautismo: la gracia de ser hijos de Dios en Cristo Jesús. En relación con la mortificación se pueden resumir estas características diciendo que todos los cristianos han de vivir la mortificación en las condiciones normales y cotidianas de su existencia; y hacerlo con espíritu de hijos de Dios Padre y con conciencia de estar colaborando con el Hijo de Dios hecho hombre, en la redención del mundo.

1. El lugar de la mortificación en la vida espiritual

Para proceder ordenadamente a la exposición de la presente voz puede ser útil comenzar por una clarificación terminológica, relacionando entre sí tres vocablos: mortificación, penitencia y expiación.

Con la palabra *mortificación* se hace referencia –como decíamos hace un momento– a la acción de vencernos en algo, de privarnos de algo, de renunciar a algo. O como dice el *Diccionario* de la Real Academia Española, es la acción encaminada a dominar las pasiones y deseos. Desde esta perspectiva, la mortificación hace referencia al hecho de que el hombre crece y se desarrolla adecuadamente gobernando según la razón sus instintos y su vida afectiva, de manera que la vida se oriente hacia un ideal que merezca la pena ser vivido. Y la realidad es, como recuerda san Josemaría, que “ningún ideal se hace realidad sin sacrificio” (C, 175). Estamos, en suma, ante una experiencia humana básica, aunque en el lenguaje cristiano tiene connotaciones propias en la medida en que esa experiencia es vivida en relación con la muerte de Cristo.

La voz *penitencia* es de origen bíblico. Forma parte del anuncio con que Cristo comenzó su predicación: “El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está al llegar; convertíos y creed en el Evangelio” (Mc 1, 15). La penitencia (*metanoia*) presupone un reconocimiento del pecado que da lugar a un cambio en el corazón, y en consecuencia en la vida, y por tanto en obras de penitencia, en un vivir y un actuar con actitud de humilde y sentido agradecimiento ante el perdón divino.

El término *expiación* nos sitúa ante el núcleo mismo del mensaje cristiano: ante la realidad del Hijo eterno de Dios Padre, que se hace hombre para asumir sobre sí el dolor y la muerte, y de esa forma expiar los pecados de la humanidad entera y abrir a los hombres las puertas del cielo; y, en dependencia de la expiación y la reconciliación realizadas por Cristo, ante la

invitación dirigida al cristiano para unirse a Cristo y participar de su Cruz redentora.

Los tres vocablos están presentes en los escritos de san Josemaría, en los que aparecen con frecuencia, incluso pasando fácilmente del uno al otro. “Primero, oración; después, expiación; en tercer lugar, muy en «tercer lugar», acción” (C, 82). La vida del cristiano, llamado a realizar en las obras el mensaje del Evangelio, ha de estar fundamentada en Cristo, en la unión con Él por la oración y la participación en su vida: sólo así habrá, en su vivir y en su actuar, verdadera eficacia. De ahí que la oración –encuentro personal y vivo con Dios– ocupe el primer lugar, para ser seguida por la expiación, que se manifiesta en mortificación y en penitencia.

Mortificación y penitencia son, en san Josemaría, dos caras de la misma moneda que no se pueden separar, porque tienen pleno sentido cristiano cuando están unidas en el corazón y en la voluntad de quien las vive. Mortificación es toda acción realizada activamente o sufrida pasivamente, mediante la que el hombre, por amor a Cristo, ofrece, por la redención del mundo, el dolor o la contrariedad. En la mortificación vivida con sentido penitencial, el cristiano pasa del deseo de unirse a la Cruz de Cristo, a la realidad de la unión. No se trata solamente de padecer y de sufrir, sino de unirse a los afanes redentores de Cristo, haciendo de la propia vida, con todos los acontecimientos que la componen, un acto de entrega. La mortificación –de ordinario sencilla, sin nada llamativo– es como el signo de que se está viviendo de cara a Dios. Por eso –concluye san Josemaría– “la mortificación ha de ser continua, como el latir del corazón: así tendremos señorío sobre nosotros mismos, y viviremos con los demás la caridad de Jesucristo” (F, 518).

2. Necesidad y motivos para la mortificación

Podemos desarrollar esa enseñanza glosando, aunque sea brevemente, los motivos que hacen necesaria la mortifica-

ción. Hagámoslo con palabras tomadas de san Pablo:

- a) Para regirse por el Espíritu y vivir según el Espíritu: “Hermanos, no somos deudores a la carne, para vivir según la carne; porque si viviereis según la carne, moriréis; mas si con el espíritu mortificáis las obras de la carne, viviréis; porque los que se rigen por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios” (Rm 8, 12-14).
- b) Para vivir con Cristo y en Cristo: “Llevamos siempre en nuestros cuerpos por todas partes el morir de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo. Pues, aunque vivimos, nos vemos continuamente entregados a la muerte por causa de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal” (2 Co 4, 10-11).
- c) Para arrancar las raíces de las tendencias desordenadas que el pecado ha hecho crecer en el espíritu: “Haced morir los miembros del hombre terreno que hay en vosotros: la fornicación, la impureza, las pasiones deshonestas, la concupiscencia desordenada y la avaricia, que viene a ser una idolatría” (Col 3, 5).
- d) Para contribuir con la propia vida a la realización en la historia de la misión de Cristo: “Completo en mi carne lo que falta a los sufrimientos de Cristo en beneficio de su cuerpo, que es la Iglesia” (Col 1, 24).

“Cristo –escribe san Josemaría– resucita en nosotros, si nos hacemos copartícipes de su Cruz y de su Muerte. Hemos de amar la Cruz, la entrega, la mortificación. (...) De esa manera, no ya a pesar de nuestra miseria, sino en cierto modo a través de nuestra miseria, de nuestra vida de hombres hechos de carne y de barro, se manifiesta Cristo: en el esfuerzo por ser mejores, por realizar un amor que aspira a ser puro, por dominar el egoísmo, por entregarnos plenamente a los demás, ha-

ciendo de nuestra existencia un constante servicio” (ECP, 114).

“Fijaos –comenta en otra de sus homilias– a cuántos sacrificios se someten de buena o de mala gana, ellos y ellas, por cuidar el cuerpo, por defender la salud, por conseguir la estimación ajena... ¿No seremos nosotros capaces de removernos ante ese inmenso amor de Dios tan mal correspondido por la humanidad, mortificando lo que haya de ser mortificado, para que nuestra mente y nuestro corazón vivan más pendientes del Señor?” (AD, 135). “Luego, ¿un cristiano ha de ser siempre mortificado? Sí, pero por amor. (...) Quizá no nos habíamos percatado de que podemos unir a su sacrificio reparador vuestras pequeñas renunciaciones: por nuestros pecados, por los pecados de los hombres de todas las épocas, por esa labor malvada de Lucifer que continúa oponiendo a Dios su *non serviam!* (...) La penitencia –verdadero desagravio– nos lanza por el camino de la entrega, de la caridad. Entrega para reparar, y caridad para ayudar a los demás, como Cristo nos ha ayudado a nosotros” (AD, 139-140).

3. Mortificación, amor, oración

En los escritos y en la predicación de san Josemaría encontramos numerosos textos en los que se hace referencia a la mortificación, poniendo de manifiesto los frutos que de ella derivan: el fortalecimiento del carácter, el desarrollo de la afabilidad y del espíritu de servicio, la capacidad de dominar las reacciones instintivas y, por tanto, la disponibilidad para la escucha y el diálogo, etc. En todo momento subraya un punto central: su conexión con el amor. “El espíritu de mortificación, más que como una manifestación de Amor, brota como una de sus consecuencias” (S, 981). Es el amor a Dios el que mueve al cristiano a ser mortificado, a manifestar con obras –grandes en ocasiones, pequeñas de ordinario– que vive pendiente no de sí mismo,

de su propia satisfacción, sino de Dios y, por Dios y en Dios, de cuantos le rodean.

“El amor verdadero exige salir de sí mismo, entregarse” (F, 28). Para amar y saberse amado hay, paradójicamente, que salir de uno mismo, que olvidarse de uno mismo y abrirse al otro. Ese olvido de uno mismo puede, en ocasiones, costar, reclamar esfuerzo, pero se trata de un esfuerzo –de un sacrificio, si queremos hablar así– que no entristece, sino que al contrario eleva y llena de gozo el ánimo, ya que “el auténtico amor trae consigo la alegría: una alegría que tiene sus raíces en forma de Cruz” (F, 28), de esa Cruz que forma una sola cosa con la entrega y por tanto con la alegría de un amor compartido. Olvidar esa realidad, actuar o pensar de otra manera, separarla del amor para unirla a otras actitudes u otros planteamiento, sería señal de haber perdido –o de no haber entendido– el sentido cristiano de la mortificación, y, en consecuencia, desfigurarla y desnaturalizarla: “Si pierdes el sentido sobrenatural de tu vida, tu caridad será filantropía; tu pureza, decencia; tu mortificación, simpleza; tu disciplina, látigo, y todas tus obras, estériles” (C, 280).

La íntima vinculación entre la mortificación y el amor se prolonga en la enseñanza de san Josemaría en la afirmación de una vinculación igualmente estrecha entre la mortificación y la oración. Pedro Rodríguez lo subraya en sus comentarios a *Camino*: “De ahí que Josemaría Escrivá, de la manera más radical, considere el binomio «oración-mortificación» y sus mutuas implicaciones como una realidad unitaria insoslayable, que hay que abordar, además, desde los comienzos del camino” (CECH, p. 370).

A decir verdad, esa realidad unitaria se mueve en dos direcciones. De una parte –y es lo más obvio–, porque sin mortificación, sin el empeño por dominar la variedad de movimientos que puede experimentar el espíritu humano, la oración es imposible. “Si no eres mortificado nunca serás alma

de oración” (C, 172). Ser alma de oración es el camino para que el cristiano desarrolle la riqueza depositada en su alma por la fe, y para alcanzar ese desarrollo es imprescindible la serenidad del alma y por tanto la mortificación.

Pero hay más. San Josemaría lo manifiesta con una frase que constituye una verdadera cima de expresividad: la mortificación “es la oración de los sentidos” (ECP, 9). La oración y la mortificación han de ir siempre unidas. No sólo porque la mortificación hace posible la oración, sino porque ella misma es oración, realidad ofrecida a Dios con actitud de amor. En la vivencia de la mortificación el hombre rechaza cuanto hay en él de desorden y pecado, se une a la entrega de Cristo y abre su corazón al amor de su Padre Dios. El alma no sólo se descubre así más libre para dirigirse a su Señor, sino que ya, hoy y ahora, en la misma mortificación, se dirige a Él.

Todo ello, sin perder de vista que el hecho de que la mortificación sea “la oración de los sentidos” no significa, en modo alguno, que diga sólo referencia a la carne y a los sentidos corporales. Como tendremos ocasión de reafirmar al hablar de mortificación interior y exterior, abarca todas las facultades del hombre. Es más, la mortificación comienza y se origina en el núcleo central de la personalidad: en el yo más recóndito, donde tiene lugar la verdadera unión e identificación con los deseos salvadores del Señor.

4. Formas y manifestaciones de la mortificación

Si la mortificación es “la oración de los sentidos”, y oración es “elevar el corazón a Dios”, podemos concluir que mortificación será todo aquello que permita que el cristiano pueda dirigir todo su ser a Dios, en cuerpo y en alma. La mortificación se presenta así como una dimensión que acompaña todo el itinerario espiritual y que, de un modo u otro, debe estar presente en todo momento de la vida.

Es corriente en la literatura ascética distinguir entre *mortificación interior* y *exterior*, o con otra terminología, espiritual y corporal; y *mortificación activa* y *pasiva*. La mortificación *exterior* se refiere a los sentidos externos; la mortificación *interior*, a los sentidos internos y a las facultades superiores del hombre. A su vez, la mortificación *activa* es la que se procura directamente; y la *pasiva*, la que se sufre y acepta sin haberla buscado antes.

Para sanar –con la gracia de Dios– la honda herida que ha dejado en nosotros el pecado original, herida que han hecho más honda todavía los pecados personales, se requiere, en efecto, una auténtica mortificación, tanto *interior* como *exterior*, y *espiritual* como *corporal*, de modo que haya orden y armonía en todas las facultades y en todos los sentidos internos y externos, y el alma busque sólo y siempre agradar al Señor. La mortificación *interior* y la *exterior* pueden ir unidas; más aún, e incluso para que se dé una verdadera vida mortificada, una debe ir acompañada de la otra. Aquí se expresa la unidad del cuerpo y del alma en la hondura del “yo” de la persona. “No creo en tu mortificación interior si veo que desprecias, que no practicas, la mortificación de los sentidos” (C, 181).

En los escritos de san Josemaría no sólo se hace referencia a los diversos tipos de mortificación, sino que hay también sugerencias concretas, realizadas de ordinario desde la perspectiva que les es propia: la santificación de la vida ordinaria.

Comencemos con una cita de *Camino*, referida precisamente a la mortificación interior, y más concretamente a la mortificación interior que contribuye a hacer agradable la vida a los demás: “Esa palabra acertada, el chiste que no salió de tu boca; la sonrisa amable para quien te molesta; aquel silencio ante la acusación injusta; tu bondadosa conversación con los cargantes y los inoportunos; el pasar por alto cada día, a las personas que conviven contigo, un detalle y otro fastidiosos

e impertinentes... Esto, con perseverancia, sí que es sólida mortificación interior” (C, 173). Y en una de sus homilías: “La mortificación es la sal de nuestra vida. Y la mejor mortificación es la que combate –en pequeños detalles, durante todo el día– la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida. Mortificaciones que no mortifiquen a los demás, que nos vuelvan más delicados, más comprensivos, más abiertos a todos. Tú no serás mortificado si eres susceptible, si estás pendiente sólo de tus egoísmos, si avasallas a los otros, si no sabes privarte de lo superfluo y, a veces, de lo necesario; si te entristeces, cuando las cosas no salen según las habías previsto. En cambio, eres mortificado si sabes hacerte *todo para todos, para ganar a todos* (1 Co 9, 22)” (ECP, 9).

Dentro de las mortificaciones interiores el fundador del Opus Dei concedió una importancia grande a la purificación de la memoria, liberándola de cualquier recuerdo que no lleve al hombre a Dios: “Lejos de nuestra conducta, por tanto, el recuerdo de las ofensas que nos hayan hecho, de las humillaciones que hayamos padecido –por injustas, inciviles y toscas que hayan sido–, porque es impropio de un hijo de Dios tener preparado un registro, para presentar una lista de agravios. No podemos olvidar el ejemplo de Cristo” (AD, 309). De esta forma, nuestra memoria tendrá presentes casi de continuo los dones recibidos y los bienes eternos. “Recordad las maravillas que Dios ha obrado, sus prodigios y las sentencias de su boca” (Sal 105 [Vg 104], 5).

Un buen ejemplo de *mortificaciones pasivas*, unido a su fundamentación teológica, nos lo ofrece san Josemaría en este texto: “Pero no olvidéis que estar con Jesús es, seguramente, toparse con su Cruz. Cuando nos abandonamos en las manos de Dios, es frecuente que Él permita que saboreemos el dolor, la soledad, las contradicciones, las calumnias, las difama-

ciones, las burlas, por dentro y por fuera: porque quiere conformarnos a su imagen y semejanza, y tolera también que nos llamen locos y que nos tomen por necios” (AD, 301).

En relación a la distinción entre las mortificaciones *ordinarias* y *extraordinarias* destaca san Josemaría la necesidad de encontrar la mortificación en las situaciones más normales y corrientes de la vida, superando la tendencia, propia de parte de la literatura ascética, a poner el acento en los espectáculos llamativos: “Se ha trastocado de tal forma el sentido cristiano en muchas conciencias, que al hablar de mortificación y de penitencia, se piensa sólo en esos grandes ayunos y cilicios que se mencionan en los admirables relatos de algunas biografías de santos” (AD, 135). Frente a esa deformación, sin excluir los “ayunos”, que la Iglesia sigue recomendando a todos los cristianos especialmente en los tiempos litúrgicos de mayor carácter penitencial –Adviento y Cuaresma–, ni tampoco los “cilicios y disciplinas” –prácticas de antigua tradición con las que el cristiano anhela unirse al sufrimiento corporal de Cristo en su Pasión–, recalca el valor decisivo de una mortificación y un espíritu de penitencia vividos en la más ordinaria normalidad: “No es espíritu de penitencia hacer unos días grandes mortificaciones, y abandonarlas otros. –Espíritu de penitencia significa saberse vencer todos los días, ofreciendo cosas –grandes y pequeñas– por amor y sin espectáculo” (F, 784). “¡Qué poco vale la penitencia sin la continua mortificación!” (C, 223).

Y en otro lugar: “Pon, entre los ingredientes de la comida, «el riquísimo» de la mortificación” (F, 783); o también, retomando el horizonte de amor y de servicio: “Estos son los frutos sabrosos del alma mortificada: comprensión y transigencia para las miserias ajenas; intransigencia para las propias” (C, 198). “Pídele al Señor que te ayude a fastidiarte por amor suyo; a poner en todo, con naturalidad, el aroma purifi-

cador de la mortificación; a gastarte en su servicio sin espectáculo, silenciosamente, como se consume la lamparilla que parpadea junto al Tabernáculo. (...) Penitencia es el cumplimiento exacto del horario que te habías fijado, aunque el cuerpo se resista o la mente pretenda evadirse con ensueños quiméricos. Penitencia es levantarse a la hora. Y también, no dejar para más tarde, sin un motivo justificado, esa tarea que te resulta más difícil o costosa” (AD, 138).

De lo expuesto se desprende la necesidad de que la mortificación sea *continua*, aplicando *congrua congruis referendo*, lo que se dice de la oración. Y por muchas razones: porque el amor se realiza en la entrega; porque las raíces del pecado y la tendencia al egoísmo están siempre presentes; porque las ocasiones de olvidarnos de nosotros mismos y de servir a los demás ofrecen siempre la posibilidad de un nuevo vencimiento en el camino del amor a Cristo y por Cristo. Si somos conscientes de que toda mortificación abre el espíritu para dejar actuar a la gracia, que promueve nuestra santificación, se comprende que ha de ser continua, como continuo ha de ser el anhelo del hombre de buscar a Cristo, de conocer a Cristo, de amar a Cristo, y por Cristo y con Cristo, a los demás. “Ordinariamente, los sacrificios que nos pide el Señor, los más arduos, son minúsculos, pero tan continuos y valiosos como el latir del corazón” (AD, 134). Y –podemos añadir– de un corazón que ha aprendido a amar en la escuela de Cristo.

5. Mortificación y redención

La mortificación introduce al cristiano en la corriente redentora de la vida de Cristo. Agranda el corazón, y nos prepara para amar. “Amar es tener el corazón grande, sentir las preocupaciones de los que nos rodean, saber perdonar y comprender: sacrificarse, con Jesucristo, por las almas todas. Si amamos con el corazón de Cristo aprenderemos a servir, y defenderemos la verdad claramente y con amor. Para amar

de ese modo, es preciso que cada uno extirpe, de su propia vida, todo lo que estorba la Vida de Cristo en nosotros: el apego a nuestra comodidad, la tentación del egoísmo, la tendencia al lucimiento propio. Sólo reproduciendo en nosotros esa Vida de Cristo, podremos transmitirla a los demás; sólo experimentando la muerte del grano de trigo, podremos trabajar en las entrañas de la tierra, transformarla desde dentro, hacerla fecunda” (ECP, 158).

Desde esta perspectiva la mortificación trasciende, como ya hemos señalado, la ascética, y nos sitúa ante el horizonte de la obra redentora, ante la llamada a una identificación cada vez más honda con Cristo hasta descubrir la Cruz y la Redención en las situaciones más normales y corrientes. De esa forma prepara el alma para vivir, también en la existencia ordinaria, la alegría que deriva de la Resurrección.

Voces relacionadas: Fortaleza; Lucha ascética; Pecado; Penitencia, Virtud y sacramento de la; Templanza.

Bibliografía: AD, 127-140; C, 172-207; ECP, 1-11; F, 475-587, 750-854; Manuel BELDA, *Guiados por el Espíritu de Dios. Curso de Teología Espiritual*, Madrid, Palabra, 2006, pp. 295-298; José Luis ILLANES, *Tratado de Teología Espiritual*, Pamplona, EUNSA, 2007, pp. 507-511; C. MOREL, “Mortification”, en DSp, X, pp. 1791-1799.

Ernesto JULIÁ

MUJERES EN EL OPUS DEI. INICIO DEL APOSTOLADO

1. El 14 de febrero de 1930. 2. Dedicación de san Josemaría a este apostolado, de 1930 a 1936. 3. El segundo intento en 1939-1940. 4. El Centro de la calle Jorge Manrique. 5. Las primeras numerarias auxiliares.

Los años 1930 a 1936, así como los que siguen a 1939 marcan de algún modo el periodo de inicio de la labor apostólica

del Opus Dei con las mujeres. La primera de esas fechas, 1930, es la del año en el que san Josemaría entendió, mientras celebraba la Misa, que en el Opus Dei debían tener también cabida las mujeres. La segunda fecha, 1939, señala el momento en que el fundador pudo reiniciar esta labor.

1. El 14 de febrero de 1930

El 2 de octubre de 1928, san Josemaría recibió una “idea clara general” de su misión (*Apuntes íntimos*, n. 179, nt. 193: ARANDA, 2000, p. 197). Enseguida se puso a “tratar almas de seglares, estudiantes o no, pero jóvenes” (*ibidem*, n. 306: CECH, p. 8). Sin embargo, en ningún momento pensó en buscar mujeres. De hecho, entre las instituciones sobre las que indagó, por si encontraba algo parecido a lo que Dios le pedía, estaba la Compañía de San Pablo, del cardenal Ferrari, pero descartó la idea porque, entre otras diferencias de más entidad, admitían mujeres (cfr. *ibidem*, n. 1870: AVP, I, p. 322).

En los meses que siguieron al 2 de octubre de 1928, san Josemaría no tuvo más inspiraciones acerca de la Obra. Por fin, en noviembre de 1929, anotó: “Empieza otra vez la ayuda especial, muy concreta, del Señor” (*ibidem*, n. 179, nt. 193: AVP, I, p. 298). Y en ese clima interior llegó el mes de febrero de 1930.

Por esa época, Escrivá de Balaguer acudía algunas veces a celebrar Misa a la capilla de la marquesa de Outeiro, Leónides García San Miguel y Zaldúa, viuda de Rodríguez Casanova. Le había hecho esa petición su hija, Luz Rodríguez Casanova, fundadora de las Damas Apostólicas del Sagrado Corazón, quien conoció a san Josemaría cuando éste vivía en la residencia sacerdotal de la calle Larra, 3, llevada también por las Damas Apostólicas. Rodríguez Casanova, viendo en él un sacerdote “joven, piadoso y abnegado” le había pedido, en 1927, que aceptara el cargo de capellán del Patronato de Enfermos (cfr. SASTRE, 1989, p. 82), y después, cuando su madre

Aviso de Copyright

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.